

## SERMON CUADRAGÉSIMO.

### De la perpetuidad y del progreso del reino de Jesucristo.

Jesucristo estableció en la tierra, como lo habia querido y como lo habia anunciado, el reino de las almas de que es el gefe; lo estableció, no obstante la dificultad de reinar en los hombres por la fe, el amor y la adoracion; dificultad que yo he llamado íntima, y á pesar de la dificultad pública que le presentaba la sociedad religiosa y política tal como se hallaba entonces constituida. ¿Pero basta eso, señores, para afirmar que Jesucristo ha sobrevivido como Dios, y que su obra se halla marcada con un sello que no puede ser otro que el sello de la divinidad? No, porque aun cuando el buen éxito que obtuvo, considerándolo en el punto en que lo hemos dejado, es decir, al advenimiento de Constantino, haya sido prodigioso, sin embargo, es propio de todo poder que aparece en el mundo, tener su lucha y su triunfo; lucha y triunfo que de cierto no tienen siempre la misma grandeza, pero que al fin tienen de comun el producirse, forcejar y llegar á algun momento favorable que se llamará el buen éxito. Lo mas difícil y necesario para la confirmacion de la victoria, es resistir á la victoria misma. Un diplomático célebre ha dicho: « El tiempo es el grande enemigo. » Pues bien, ¿Jesucristo ha vencido al grande enemigo? Despues de haber vencido á la idolatría, al imperio romano, ¿ha vencido á este otro poder que no es mas que la eternidad disfrazada, el tiempo? Al cabo de una carrera mas ó menos floreciente, ¿no ha sentido, como todos, esa mano helada, que tarde ó temprano deslustra los acontecimientos mas grandes y precipita de su trono á las mas sólidas dinastías? ¿No está herido visiblemente de ese rayo lento que nada perdona? Tal es la cuestion que va á ocuparnos. En una palabra, os presento el balance de Jesucristo, y os propongo examineis su activo y su pasivo.

¿Por qué el tiempo es el grande enemigo? Lo es, señores, porque sn halla dotado de un poder duplo, el poder de destruir y el de edi-

ficar. ¿Quién derrocó esos imperios primitivos de la Siria y de la Caldea? El tiempo. ¿Quién derribó el imperio de Ciro, que en vano restauró Alejandro? El tiempo. ¿Quién derribó aquel imperio engrandecido con las ruínas de todos los demás y al que se puede dar el nombre de mundo, mas bien que el nombre de imperio, el mundo romano? El tiempo. ¿Quién ha lanzado todas esas repúblicas de la edad media, cuyos restos sobrevivientes en mármoles y en pinturas admiramos todavía? El tiempo. Y por otra parte, ¿quién ha construido esos nuevos reinos de que somos hijos, los reinos de los Francos, de los Germanos, de los Anglo-sajones y los demás? Ha sido la misma mano que sabe reconstruir despues de haber arruinado, y que del mismo polvo con que ha jugado orgullosamente, saca el ser, el órden la solidez. El tiempo destruye con la mano izquierda y edifica con la mano derecha; igualmente enemigo en ambos casos, pues que el edificio que levanta hunde mas el edificio que arruina, y fundar es para él destruir mas.

Pero no mas detengamos, señores, en estas espléndidas imágenes que nos revelan solamente por el espectáculo exterior el poder enemigo del tiempo. Tratemos de sorprender el secreto de este poder por medio del análisis, para que conociendo mejor de dónde le viene su doble fuerza de destruccion y de construccion, consideremos si ha estado sometido Jesucristo á este formidable juego, y porqué él solo ha podido librarse de sus efectos, si es que probamos que verdaderamente se ha librado.

La accion del tiempo resulta de cinco causas, la primera de las cuales es la novedad. El tiempo es siempre joven, y no obstante lo envejece todo. A cada paso que da, la aurora es la que avanza, pero dejando en pos de sí la sombra y la noche. Hijo móvil de la eternidad, le toma prestada una juventud que no muere, pero sin poder comunicarla, sino es por un momento, á las cosas que mide por su carrera. Pasa, arroja la vida; pero esta vida de hoy será en breve la de ayer, la de anteayer, la de otros tiempos, un recuerdo, una antigüedad; y con todo, el tiempo no se ha empobrecido; es siempre fecundo y joven, haciendo suceder lo nuevo á lo antiguo. Ahora bien, lo nuevo tiene un encanto que seduce al entendimiento como á los sentidos, y que permite fácilmente á las doctrinas marcadas con su sello, prevalecer contra las doctrinas que han llegado á anticuarse por el solo hecho de su perpetuidad. Observad lo que pasa. En cuanto un hombre es capaz de combinar ideas bajo nueva forma y de adoptarlas al curso del tiempo, se crea infaliblemente discípu-

los. ¿Por qué? Porque ha dicho algo que aun no se había dicho ó que se había olvidado. Tenemos la pasion de la novedad, tanto en las ideas como en todo lo demás, y no es difícil comprender la razon. Predestinados al goce de lo infinito, lo infinito es nuestra necesidad, y la buscamos por todas partes. Ahora bien, la novedad es la única cosa en el mundo que nos da alguna sensacion de lo infinito. En cuanto hemos considerado un objeto, decimos: Bastante. ¿Quién volverá la página? La novedad la vuelve, y al volverla, oculta á nuestra inteligencia su debilidad con un resplandor falso de progreso que nos admira.

Jesucristo tenia que temer, señores, mas que nadie, esta disposicion de nuestra alma, que arma al tiempo con un poder tan peligroso contra la esterilidad doctrinal. ¿El Evangelio, con ser tan misericordioso, no debía plegarse á la inconstancia de nuestro espíritu? *El cielo y la tierra pasarán*, había dicho Jesucristo, *pero mi palabra no pasará* (1). Era preciso que atravesaran todas las edades, perdiendo cada dia la fuerza de la novedad sin perder nada de su mando, ó mas bien, era preciso que, semejantes á Dios, de quien ha dicho San Agustin, que era la belleza siempre antigua y siempre nueva la palabra evangélica ostentase en su antigüedad progresiva una juventud que encantara el corazon de todas las nuevas generaciones.

Obtenida esta primer ventaja sobre el tiempo, quedaba que obtener. La segunda fuerza del tiempo está en la experiencia, es decir, en la revelacion, que resulta de la aplicacion de las doctrinas á la vida positiva de la humanidad. Toda doctrina es un cuerpo de leyes que no tiene valor sino en cuanto se le considera como conteniendo las verdaderas relaciones de los seres: es como la creacion de un mundo. Mientras que esta creacion permanece en el entendimiento en el estado de pura concepcion, es fácil engañarse sobre su mérito real, porque es difícil juzgar un gran conjunto de ideas; pero no es lo mismo, cuando, entrando estas en el dominio de la realidad, están encargadas de fundar ó de mantener un orden positivo, manifiesta la experiencia infaliblemente su debilidad ó su falsedad; porque una ley falsa ó impotente es incapaz de establecer relaciones constantes, y así como se arruina una casa si ha sido edificada sobre nexactos cálculos matemáticos, así no puede subsistir un orden cualquiera teniendo por base ideas que carecen del aplomo de la verdad.

(1) San Mateo, cap. 24, vers. 35.

¿Y quién mas que Jesucristo tenia que temer esta terrible prueba de la experiencia? Porque él no había establecido en el mundo con el Evangelio una sociedad encerrada en los estrechos límites de una raza y de un país, sino una sociedad universal en que toda alma, donde quiera que hubiese nacido, podía pretender el derecho de ciudadanía; y por consiguiente, si el Evangelio era falso, su ruína debía ser tan grande como el universo y tan rápida como el tiempo, obrando á la vez sobre una multitud innumerable de lugares y de espíritus.

La tercera fuerza del tiempo está en la corrupcion. Todas las cosas cuando han llegado á cierto punto de prosperidad se corrompen; porque en cuanto somos sus dueños queremos gozarlas, y el goce tiene por resultado inevitable esa descomposicion del alma y del cuerpo que llamamos corrupcion. La historia de todos los triunfos es la historia de Anibal en Capua. El hombre olvida, se duerme, se embriaga; la ponzoña lenta de la molicie, afloja todos los resortes de la actividad; y el ser que no es nada sino por la actividad, se disuelve poco á poco en la ignominia de un sueño ruin. Comienza y concluye Sardanápalo. Este es el camino célebre de las altas fortunas; el trabajo y la virtud las edifican, el goce las destruye hasta en sus últimos vestigios. La religion se halla sometida á esta gran ley mucho mas que los otros imperios, y sobre toda religion la de Jesucristo se hallaba fuertemente encadenada á ella. Porque la sangre de la cruz la había dado la vida; nacida del suplicio de un Dios, debía acordarse, en los dias de la prosperidad, de las sangrientas mortificaciones de su cuna. Y por otra parte, las tentaciones que le preparaba su triunfo debían exceder en mucho á todas las tentaciones hasta entonces conocidas. Debía ver á sus piés á los reyes de la tierra, dar órdenes desde un confin al otro del mundo, ver inclinarse los siglos ante su palabra y su accion, cubrir el suelo con monumentos suntuosos, hacerse tributaria de todas las necesidades de un poder y de una gloria sin límites, y conservar en la frente y en el corazon, bajo el peso de esta fortuna que subía hasta el cielo, el signo de la penitencia y de la humildad. O bien, si llegaba á sucumbir en uno de los largos dias de su vida, y á sentir las heridas de la corrupcion, era preciso que de su misma corrupcion resucitara su vida, no una vida extraña á ella como vemos en la naturaleza, sino su propia vida; y que semejante al águila de la Escritura, renovando en sí el encanto de su juventud, alzara su vuelo, con las alas tendidas, aligerada como en otro tiempo por su pobreza y el derramamiento de su sangre.

La cuarta fuerza del tiempo es la casualidad; es decir, ciertas coyunturas que no se ligan á nada de lo que puede prever y combinar el genio, y que desbaratan de un golpe los designios mejor concertados. La historia abunda en ejemplos de esta clase; la prudencia humana naufraga en escollos que se ocultan enteramente á la vista mas penetrante. Es el grano de arena de que habla Pascal, que se encontró una mañana en la vejiga de Cromwel y que hizo frustrar planes destinados á cambiar la faz de Europa.

Os admirais quizá algunas veces de cierto equilibrio que se conserva en el mundo, y que impide á los mas fuertes aniquilar á los mas débiles á gusto de sus secretos anhelos. ¿Cómo esos grandes imperios no han aplanado aun á los pequeños estados que tienen por vecinos? Porque los grandes imperios tienen contra sí el grano de arena de la vejiga de Cromwel. En el momento en que sus conjuraciones van á trastornarlo todo y preparar la ruína del derecho sobre la tierra, no sé qué hijo de un rustico afila su cuchillo en el rincón de una barraca, sobre la piedra rota de un molino. Ese jóven se cala su gorra al rumor de guerra, ata su cuchillo á su cintura, y se va á ver un poco lo que pasa entre la Providencia y los reyes. El humo de la pólvora le abre los ojos; la vista de la sangre le exalta; Dios le pone en las manos un bello golpe de armas; vedle gran capitán, los imperios retroceden ante él: ese cuchillo y ese rústico son la casualidad.

Juzgad, pues, ahora, cuántas de esas casualidades habrá habido contra Jesucristo en el curso de un reinado de mil y ochocientos años. Consultad solamente la historia del papado, y ved de qué hilo tan ligero han estado pendientes los destinos de ese trono rodeado de enemigos y siempre subsistente. Casi siempre hay contra él planes hábilmente tramados; pero lo que mas os admirará es la conjuración de la casualidad, esa cosa desconocida que podía á cada momento destruirlo, y que ha tenido la singular distracción de respetarlo siempre.

La quinta fuerza del tiempo está en la guerra. No hay en la tierra poder alguno que pueda evitar que se le combata; todos tienen necesariamente enemigos no solo á causa de sus faltas y abusos, sino por el solo hecho de existir. Existir es combatir, porque existir es tomar del foco de la vida comun la sustancia destinada á todos; y si esto es cierto respecto del ser mas débil, ¿cuánto mas no lo será respecto de un conjunto de seres elevados al estado de poder? Por eso declaró Jesucristo, que él no habia venido á traer la paz, sino la

guerra (1); guerra terrible y sobre un plan cuya grandeza hace retroceder la imaginación. Porque es la guerra del espíritu contra la carne y de la carne contra el espíritu, es decir, de los dos elementos que constituyen al hombre, y uno de los cuales no puede vencer al otro enteramente. Cuando el cuerpo prevalece, el alma combate contra él, y cuando es mas fuerte el alma espía el cuerpo el momento de romper su yugo. Pero no se detiene aquí esta lucha intestina, sino que llega necesariamente á una guerra tan general como profunda. Las almas se unen á las almas, y los cuerpos á los cuerpos: los cuerpos juntos contra las almas juntas hacen la gran guerra de la humanidad: Jesucristo al frente de un ejército, y Satanás al frente de otro; por una parte el ejército de las pasiones, el orgullo, la voluptuosidad, el odio; por otra, el ejército del espíritu, la humildad, la castidad, la obediencia, la mortificación, la caridad. Todo esto se mueve en las formidables regiones de lo infinito y de lo finito, en las profundidades de Dios, del alma y de los sentidos, en medio de mil causas secundarias que aumentan las tinieblas y las alternativas del combate; y si Jesucristo es Dios, él es quien debe triunfar al cabo, permaneciendo su figura inalterable, aunque siempre insultada, en la venerable cima de las cosas y de los tiempos.

¿Es esto, señores, lo que ha pasado? ¿Podemos rendir á Jesucristo el testimonio de que ha sido mas fuerte que la novedad, que la guerra, que todas estas causas reunidas contra él durante el curso de mil ochocientos años? ¿Podemos rendirle este testimonio?

Sí, señores, yo lo puedo, y aun puedo señalaros tres grados en el triunfo de Jesucristo sobre el tiempo. Porque en primer lugar, Jesucristo vive, y su obra está delante de vosotros; aun cuando esta obra haya sufrido mas ó menos golpes en esa larga peregrinación verificada bajo la rebelada mano de los siglos, se halla no obstante en pié, y subsiste rodeada de suficiente brillo para atraer todos los ojos y para ser aun el objeto de una veneración incomparable, como lo es el encarnamiento de los enemigos que no han aceptado en su duración temporal la prueba de su origen en el seno mismo de la eternidad. Pero no es esto todo. No solamente Jesucristo vive en su Iglesia y su Iglesia vive en él, sino que despues de la era cristiana, no se ha fundado en el mundo ningun establecimiento religioso de que no haya sido Jesucristo la base y el cimiento.

(1) Mateo, cap. 10, vers. 34.

El primero, en el orden de los tiempos, es el islamismo. La base del islamismo es enteramente bíblica como observó Grocio antes que yo : es Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, el monte Sináí, el pueblo judío en los hechos mas memorables de su historia ; es el mismo Jesucristo que vino despues de todos los profetas y mas grande que todos ellos. En cada página del Corán inserta Mahoma una relacion sacada de las antigüedades cristianas ó hace alguna alusion á ellas. ¿Y por qué así ? ¿Por qué queriendo Mahoma atribuirse el honor de fundar una religion , no tomó una base enteramente suya ? ¿Por qué, señores ? Porque no podía. El hombre no puede edificar al aire, ya sea en el orden de los espíritus, ya en el orden de los cuerpos. Para esto necesita un fundamento. Ahora bien, segun las propias palabras de Fontenelle, « la religion cristiana es la única religion que tenga pruebas ; » y donde quiera que esta religion se ha manifestado una vez con la autoridad de su historia, es necesario que el error tome de ella su punto de apoyo y se ingerte en su tronco poderoso, que es el único que ha echado raíces en la antigüedad. Mahoma vivia en un siglo y en un suelo impregnados ya con la savia del Cristianismo ; tocaba en la Abisinia, sitio de una gran cristiandad ; en el Egipto, que era una metrópoli de esta ; en la Judea, donde se habian realizado todos los grandes misterios cristianos ; la sangre de su pueblo ascendia con una celebridad omnipotente hasta la sangre de Abraham. No podia, pues, Mahoma con tales condiciones hacer mas que fundar una herejía, ó si os parece mejor, sobreponerse á Jesucristo por una infidelidad que le rendia aun un brillante homenaje. He aquí porque han permitido siempre los musulmanes á los cristianos vivir en su territorio y adorar en él á Jesucristo ; no por una tolerancia hija del miedo, sino por respeto á las tradiciones comunes de ambas religiones, y por las recomendaciones formales del Corán. Ha habido guerra entre los cristianos y los musulmanes para saber por quién quedaria la supremacia ; pero no ha habido persecucion propiamente dicha de los musulmanes contra los cristianos. Ismaél reclamaba solamente su derecho de primogenitura sobre Isaac ; y esto explica, señores, el singular espectáculo que nos presenta en el dia Constantinopla, donde no obstante condenarse con pena de muerte á todo cristiano que convierta á un musulman, tienen los cristianos de todas las comuniones plena libertad para ejercer su culto aunque sea públicamente.

Despues del islamismo vino el cisma griego. El cisma griego es toda la Iglesia católica, menos dos puntos : la primacia del Soberano Pon-

tífice y la procesion del Espíritu Santo. Todo lo demás, dogmas, moral, sacramentos, gerarquía, usos, se ha conservado por los descendientes de Foció. Han repelido al vicario de Jesucristo, pero no á Jesucristo. Jesucristo es el objeto de su fe, de su amor y de su adoracion, la piedra angular de su edificio religioso.

Lo mismo sucede, aunque en grado menor, con el protestantismo. El protestantismo ha negado á la Iglesia, pero no á Jesucristo ; Cristo es aun para él el doctor y rey de las almas, y para muchos protestantes es todavía el Hijo único de Dios, digno como tal de adoracion suprema.

Ningun otro establecimiento religioso se ha fijado en el mundo despues de la era cristiana. El braermanismo y el budhismo eran anteriores á Jesucristo ; y si se ha sentido algun movimiento en este último en una época mas cercana á nosotros, lo ha debido á las comunicaciones de los cristianos con las regiones profundas de la Siria y de la Tartaria. Así ¿hase observado en las montañas del Thibet, despues de nuestras célebres embajadas de la edad media, una pueril imitacion del papado ? Una vez elevado Jesucristo sobre el mundo, su luz ha hecho retroceder por todas partes las tinieblas de los falsos cultos ; muchísimos de ellos han desaparecido enteramente, y no se ha formado ningun otro que no haya tomado por base su historia y su nombre. Ha llegado á ser el tronco del error como el de la verdad, y el que todo lo niega totalmente, se abre un abismo donde solo fructificará la muerte. Su sepulcro es hoy el centro del mundo religioso. Los musulmanes lo guardan, los griegos lo guardan, los protestantes lo guardan, los católicos lo guardan. Todos juntos, venidos de los cuatro vientos del cielo, convienen en venerar la piedra inanimada donde reposó tres días y tres noches el cuerpo crucificado de Cristo. Cien batallas se han dado á su alrededor ; veinte veces han cambiado de aspecto los destinos del mundo ; pero jamás la fuga ó la victoria han llevado á él mas que el homenaje de las naciones, y solo han servido tantos sacudimientos para sublimar en su gloria un frágil sepulcro donde todo viene á postrarse. Si solo los católicos hubieran tomado su tutela, hubiera sido una tutela comun, como todo lo que se halla á la longitud de la espada : convenia mas á los designios profundos de Dios que fuera Jerusalem *hollada por las naciones* (1), como lo anunció el Evangelio ; y que el santo sepulcro, suspendido entre mil manos, apareciese en el centro de todos los acon-

(1) Isaiás, cap. 5, vers. 5.

tecimientos como el signo indicador de que en adelante no es posible ningun establecimiento religioso sino con la condicion de participar de Cristo, al menos por algo de su sangre, de su doctrina y de su memoria.

El tiempo, señores, os dará de ello nuevas pruebas. Veréis desvanecerse los restos vergonzosos de los cultos sin fundamento, á medida que avance la civilizacion, cuyo creador y gefe es Jesucristo. La fabula no puede resistir á la historia, la antigüedad vacía á la antigüedad llena, el mundo vago contra el mundo cierto, la muerte contra la vida. Jesucristo prosigue su carrera por las mismas infidelidades que le hace sufrir el orgullo, usa de los cismas y de las herejías como de una agua corrompida que le contiene todavía respecto de una multitud de almas á quienes preserva del veneno la sencillez de la ignorancia y de la buena fe. Pero tambien, y este es su tercer triunfo sobre el tiempo, mantener incorruptible y superior á todo su verdadera Iglesia, la Iglesia católica apostólica romana. Y aun le asegura la superioridad numérica, porque el islamismo no cuenta mas que cien millones de sectarios, el cisma griego sesenta millones, y el protestantismo un número semejante, mientras que la Iglesia católica tiene ciento sesenta millones de almas sometidas á su gobierno. La superioridad gerárquica, porque ni el islamismo, ni el cisma griego ni el protestantismo han podido crear un papado.

La superioridad de independencia, porque ninguna otra sociedad espiritual ha podido conservar inviolable el santuario del alma, salvo la Iglesia católica, que á fuerza de dar por esta causa su inagotable sangre, ha salvado del yugo su palabra y su accion, y merecido el honor de ser en el mundo el baluarte del derecho y la tierra virgen de una santa libertad.

No me extenderé mas, señores, sobre los caracteres de la verdadera Iglesia de Jesucristo; lo he hecho anteriormente, y si los recuerdo aquí como de pasada, es solo para hacer constar la soberana providencia con que las ha mantenido Jesucristo al frente de su Iglesia, contra todos los esfuerzos del tiempo.

Así pues, hemos adquirido para Jesucristo una perpetuidad triple por el exámen á que acabamos de someterle: perpetuidad de irradiacion exclusiva de la vida; perpetuidad de superioridad en la vida.

Pero me direis: enhorabuena! Jesucristo ha vivido, ha infiltrado su vida en todos los establecimientos religiosos posteriores á él, y aun ha mantenido su Iglesia superior á todo. Sin embargo, ¿no dis-

cernís hoy en su obra señales de decadencia? ¿No se han librado de su cetro una multitud de almas? Y cuando comienza á aparecer el signo de la decrepitud, ¿no se puede sentir una disolucion proxima é inevitable?

Este es vuestro pensamiento, señores; el mio es que Jesucristo se halla en el apogeo de su gloria y poderío, y voy á tener el honor de demostrároslo, si Dios quiere.

Tres cosas constituyen el poder y el progreso del poder, y son el estado territorial, el estado numérico y el estado moral. Yo afirmo, pues, que bajo esta triple relacion nunca ha llegado Jesucristo á un punto mas elevado que el punto en que hoy le contemplamos.

En primer lugar, ¿cuál era el territorio de Jesucristo en tiempo de Constantino? Hallábase casi encerrado en los mismos límites del imperio, entre el Rhin, el Eufrates y el Atlas. Si pasaba de aquí, este excedente se compensaba con las numerosas partes del imperio de que no habia tomado el Evangelio mas que una imperfecta y precaria posesion. Y en la actualidad ¿qué es lo que veis? Si es cierto que ha perdido Jesucristo alguna de sus tierras primitivas ocupadas por los musulmanes, tambien debe notarse que existen cristianidades en toda la superficie del suelo islámico, y que hasta el islamismo reconoce á Jesucristo y sus abuelos. Pero volved la vista al Oriente; al Occidente, al Norte, al Mediodía, y en todas las direcciones del globo reconocereis los pasos conquistadores del Salvador. Ha cruzado el Rhin, se sometió la Alemania, la Polonia, todas las Rusias, los tres reinos británicos, y llevó hasta el polo, por entre las montañas y los hielos de la Suecia, el sol de su dominacion. El Océano atlántico le abrió paso; cruzó el Cabo de Buena Esperanza; ha atado al cetro de sus hijos esa famosa península de la India que se consideraba en la antigüedad como el depósito de todos los tesoros de la naturaleza. Ha fundado establecimientos en todas las costas de Africa, y alcanzado á unirse por el mar Rojo á sus antiguas posesiones de la Abisinia. Ha dado vuelta á las dos Américas, y del uno al otro polo, sometiéndolas á sus leyes, suscita allí juntamente repúblicas, misiones y episcopados. Recobró la España de la dominacion de Mahoma, y por todas partes sacude la tierra de Islam. Aun ha poco, cuando el gefe de los Borbones se hallaba á punto de bajar del trono, y llevar al destierro su noble ancianidad, hemos visto á Jesucristo, por el brazo del anciano rey franco, que escribia así su testamento entre nosotros, le hemos visto quitar dos reinos á la infidelidad: el reino de Grecia y el de Argél. Y mas recientemente aun le ha abierto la

China sus puertas tanto tiempo cerradas; la nueva Holanda se puebla á la sombra de su cruz; las islas de la Oceanía trasforman sus salvajes habitantes en humildes y mansos adoradores de su Evangelio. No hay ya mares, ni soledades, ni montañas, ni lugares inaccesibles donde no enarbole Jesucristo los atrevidos pabellones de sus hijos confundidos con el suyo.

Volved ahora atrás hasta Constantino; pesad el mundo cristiano de aquella época con el mundo cristiano de la nuestra, y juzgad del progreso territorial que ha hecho Jesucristo.

Lo mismo sucede en cuanto al estado numérico. Como ahora mismo decia, la Iglesia católica cuenta ciento sesenta millones de fieles, el cisma griego sesenta millones, el protestantismo otros sesenta. Ascienden, pues, á doscientos ochenta millones los hombres que reconocen á Jesucristo por su salvador y gefe espiritual. Sin duda que en este número los habrá que no lleven su yugo con una conviccion actual y presente á su entendimiento; pero no debe juzgarse al cristiano en tal momento de la vida, sino en el conjunto de todos sus momentos, y sobre todo en la hora de la muerte. De tantos hombres que se creen incrédulos, hay pocos que resisten á Jesucristo hasta el fin, y no le pidan perdon de sus extravíos mas bien que de su apostasía. Además, su alma fué formada por el Evangelio, y aun viven de él en el momento en que creen desconocerlo: en ninguna época estuvo mas floreciente el estado numérico de Jesucristo, y cada día tiende á acrecentarse por el desarrollo de las poblaciones cristianas. Mientras se empobrecen las razas musulmanas, y los restos de los pueblos idólatras vegetan en su inmovilidad, la sangre cristiana, bendecida por Dios, florece sobre toda ponderacion, y continuas emigraciones llevan á remotos climas lo que de ella sobrea-bunda, y con ella las semillas preciosas de la fe.

Si observais una desproporcion entre el territorio y la poblacion de Jesucristo, fácil es explicarla. El poder de los cristianos camina aun mas aprisa que su sangre: conquistan y gobiernan el espacio con un puñado de hombres, y su genio lo llena mucho antes que su posteridad. No pienso que dañe esta observacion á Jesucristo; pero hay otra en que me esperais ciertamente y en que yo tambien os espero. Mas sea lo que quiera, diréis, del progreso territorial y numérico de Jesucristo, fenómeno que se explica por el ascendiente de las razas cristianas, no podeis negar la invasion y el progreso de la incredulidad en el seno del Cristianismo. Si Jesucristo ha derrotado los cultos anteriores al suyo, la incredulidad, mas poderosa que él,

arruina tambien la obra que él habia edificado, y la arruina con una circunstancia aun mas terrible, puesto que la duda y la negacion ocupan el lugar de la fe. Como esas tierras esquilmas por una sustancia que ha devorado toda su savia y que ya no pueden producir nada, la tierra por donde ha pasado Jesucristo es una tierra maldita que no lleva ya mas que la duda y la negacion. Así, pues, vamos caminando á un estado peor que ninguno de aquellos de que ha sido testigo y víctima la humanidad. Jesucristo ha agotado las convicciones del género humano y sembrado su inteligencia con la sal de la incredulidad absoluta, como aquel conquistador que hizo arrasar á Jerusalem y sembrar con sal sus ruínas. ¡Desgraciados de nosotros, es cierto, desgraciados de nosotros que no podemos ya creer! Pero ¿á quién debemos esa incapacidad sino á la situacion de Cristo, que no ha sido bastante fuerte para sujetar para siempre nuestros entendimientos á sus dogmas, y que lo es bastante para no permitirnos ninguna otra fe que la suya?

Convengo, señores, en que despues de diez y siete siglos en que no fué negado Jesucristo, lo fué por fin el siglo último, y lo es tambien hoy. Pero tan lejos está ese accidente de amenazar á la obra de Cristo, que antes bien la proporciona un brillo que os será fácil reconocer y apreciar. Tres países eran la silla de la rebelion total contra Jesucristo: la Inglaterra, Francia y Alemania. En cuanto á Inglaterra, ha ya mucho tiempo que no posee allí la incredulidad poder ni nombradía. Si habeis prestado atento oido á los ecos del parlamento británico, expression la mas alta de los pensamientos nacionales, desde el momento del presente siglo no habrá llegado hasta vosotros una palabra que haya sido una injuria ó amenaza á Jesucristo.

La Inglaterra ha emancipado á los católicos; ha llamado á la tribuna de su parlamento la voz proscripta de los afectos al papado; ha abierto sus campiñas al arado de los monjes, y sus escuelas á la ciencia del clero romano. Las viejas paredes de Oxford han oido á los mas célebres doctores del anglicanismo hablar de Jesucristo como la antigua Iglesia; han visto la retirada de muchos de ellos, que pasaron de la cátedra á la humildad de una celda para rezar allí el oficio á la manera de los religiosos, y pedir al pié del Crucifijo la vuelta de su alma y de su país á la antigua fe de los anglosajones. Se ha visto salir brillantes de la tierra de proscricion, capillas católicas y aun catedrales, y Jesucristo se ha paseado triunfalmente con sus obispos y sus sacerdotes por las calles en que le